

PRÓLOGO

Venecia, febrero 1732

El hombre de pelo moreno y medianamente alto, recibe a sus invitados en el salón principal de su gran casa. Pero es tan solo a una mujer a la que buscaba con sus preciosos ojos verdes que lucían una hermosa máscara de color azul cielo. A una chica que cuando la veía, sonreía e imaginaba que podría hacer una y mil cosas con ella. Como también que existía un mundo donde estaban solamente ellos.

Puesto que eran las fiestas de los carnavales en Venecia, el señor Lagravinese ha querido hacer una fiesta de máscaras tradicionales para no perder una costumbre que se llevaba años haciéndose. Más aun sabiendo que era una noche especial para él. Ya que había conseguido lo que tanto ha ansiado. A ella. Su gran premio desde que la conoció hace más de cinco años. Cuando tan solo tenía ocho años de edad y era un niño malcriado. Fue algunos años más tarde, cuando ella se convirtió en su musa para poder pintar.

La dama de pelo rojizo y con ojos castaños como el tronco de un árbol, entró en la fiesta mientras que todos se quedaban mirando su precioso vestido de color carmesí.

Ella arrastró su mirada hacia el hombre que lucía esa hermosa máscara azul cielo. Él sabía que su dama había

llegado a la fiesta, porque ella le había indicado como llevaría su vestido y el color de su máscara, ambos del mismo color.

Se acercaron mutuamente, mientras que los violines y violonchelos sonaban sin parar durante la velada.

Cuando estuvieron juntos, el hombre cogió la mano a Lady Maestrelli y se la besó suavemente, diciéndole después:

—Lady Maestrelli, está usted hermosa como siempre. Aunque ahora su rostro se encuentre oculto bajo una máscara.

—Grazie Sir Lagravinese. Usted sigue siendo tan elegante y tan cortés como siempre. Como de costumbre me halaga con sus palabras bonitas.

—No hay palabra que describa su belleza Lady Rebecca. Aunque ahora mi única intención es pintar y pintaros cada momento que pasamos juntos y demostraros el amor que os tengo.

— ¿Queréis decir que yo soy la musa que le ayuda a pintar esos retratos tan bonitos?

—Sí, Lady Rebecca. Eso es lo que quiero decirle.

Lady Maestrelli bajó la mirada y Sir Lagravinese sonrió mientras que esperaba a que ella levantara de nuevo la mirada, le dijo:

—No se avergüence con cada palabra bonita que le digo Lady Rebecca. Si no fueran ciertas mis palabras, ahora mismo yo sería un maldito embustero y un patán sin escrúpulos.

—No me avergüenzo de las palabras que me dice, Sir Lagravinese. Solamente que no me acostumbro aún a ello.

—Mi futura prometida debe de saber que no debería de avergonzarse de nada de lo que va a poseer o a quien

posee. Que en vuestro caso soy yo. Ya que seré su único dueño y usted mi única joya.

—Seré vuestra futura esposa. Pero aún nadie sabe de nuestro compromiso matrimonial. Que es de conveniencia, por cierto.

—Para usted. Pero para mí no es de conveniencia Lady Maestrelli. Yo os amo desde el primer día en que os conocí y ahora voy a tener la oportunidad de que seáis mía.

—Cierto.

Lady Maestrelli volvió a bajar la mirada y Sir Lagravinese le dijo para que pudiese calmar la situación en la que ambos estaban:

—Bailemos Lady Maestrelli.

—De acuerdo, Sir Lagravinese.

Sir Lagravinese tomó la mano de Lady Maestrelli y la llevó a la pista con los demás invitados a bailar la siguiente pieza. Y mientras que ambos bailaban; se encendió en ellos la llama de una pasión eterna en una noche que parecía no tener fin...

Primera Parte

Y SALIR DE ESTE SUEÑO
CONVERTIDO EN PESADILLA
CON UN INEVITABLE TRISTE
FINAL...

Cicatrices del Pasado – Luis Fernández

CAPÍTULO UNO

Angie's Heart de Modern Talking suena en la radio de mi coche, mientras que pienso en mi nuevo futuro en Medellín, Colombia. A su lado.

Debe de haber ocurrido algo para que lo que hubo entre él y yo en el pasado, nos alejase aún más. Aunque él insistiese demasiado en volver a verme.

Ya sé que los recuerdos de ese día me persiguen aún. Pero no sería un recuerdo dulce como la miel, si no nos hubiéramos besado detrás de esa máscara y habernos encontrado en muy poco tiempo. Ya sé que dicen que París es la ciudad del amor. Pero para mí la ciudad del amor es Venecia, Ese es el lugar donde me besó por primera vez después de tantos años.

Hay un límite entre el cielo y el infierno. El límite del cielo, es cuando crees que todo a tu alrededor es hermoso y todo es color de rosa. El límite del infierno es conocer a alguien años atrás de tu presente y no recordarlo hasta que pasan los años, el miedo a llegar a más con la persona que escoges para tu vida o incluso el miedo a la soledad y la inseguridad de no tener a quien recurrir en un futuro. Pero hay una raya entre el infierno y el cielo. En esa frontera encuentras lo que tanto has deseado, lo que has ansiado o has temido tener. La lujuria, la pasión y

sobretudo la sensualidad, están allí donde el margen de pecar está siempre presentes y puedes o no caer en sus redes. Ahora mismo estoy sujeta en una cuerda a punto de caer a las vivas llamas del infierno. Pues he echado a perder algo que nunca pensé que encontraría. Mi felicidad.

A veces me pregunto ¿Qué ha ido mal entre él y yo? Sé que nunca había sacado a relucir mi sensualidad en el pasado, hasta que él comenzó a formar parte de mi vida.

Es raro ver como el espacio y el tiempo te enseña a encontrar a alguien de tu pasado con el paso de los años. Como también te enseña a amar con locura a otra persona. Hasta que ves como la pierdes por una decisión tuya.

¡Hay algo que hice mal!

Por más que intento recordar que hice mal, no hallo la respuesta de por qué él me traicionó. Aunque no lo hizo del todo. Ni siquiera encuentro la respuesta para un millón de preguntas que tengo en mi mente desde entonces.

Sé que a veces la vida puede darte algunos golpes muy duros. La muerte de mi madre hizo que yo me aferrara más a mi padre y no saliese con ningún chico después de que comenzase la universidad. Salvo con mis amigos. O en mi caso, mi única amiga.

Pero aún sigo preguntándome que ha ido mal entre él y yo. Tanto que he tomado la decisión de alejarme cuanto antes de él. Viajando e instalándome en un lugar nuevo con gente nueva. Para llevar la editorial de mi padre a lo más alto de las listas internacionales. O al menos él insistió en que lo hiciese.

Reconozco que he pecado. No lo suficiente. Pero sí que he pecado desde que él regresó a mi vida. Tanto que desde que nos encontramos él y yo, sé que él era el chico que